

UN PUÑO
DE RELATOS

Mayo de 1999

Autor: **Juan Ernesto Galdámez Castillo**

Para quienes son capaces de mantenerse amando, a pesar de todo

INDICE

Prólogo de René Iván Morales

Unas pocas palabras sobre "Un puño de relatos" por Rafael Rodríguez Díaz

La Partida.....	1
El Caso del Embarazo.....	6
La Propia Versión.....	9
La Gran Ofensiva.....	17
Un Midas Digestivo.....	20

PRÓLOGO

Cuando hace algunos años conocí a un agudo y tenaz "economista" que, siendo un trabajador por cuenta propia, se había introducido seria y profundamente en el tema del desarrollo local, no imaginé que la necesidad de hablar de la vida con signos realmente humanos lo llevarían por el no siempre feliz camino de los relatos. He dicho economista entre comillas para mofarme de esa costumbre que tenemos las personas de poner siempre una viñeta, una palabra capaz de identificar las cosas: "sos economista o médico o campesino, sos urbano o rural, sos introvertido o extrovertido, sos fumador o no fumador".....en fin, una sola palabra que te distingue hasta las últimas consecuencias. Cuando existe la oportunidad de conocer a las personas más allá de estas palabras claves y, sobre todo, cuando estas personas tienen el valor de escribir para que se les conozca más de lo que se imaginan, aunque éste sea un país de no lectores - otra vez la viñeta -, entonces vale la pena cambiar una palabra por un relato y a quien descubre esto no se le puede presentar de nuevo ante otras personas diciendo sólo "he aquí un economista".

Cuando Ernesto me permitió leer este "Puño de Relatos", que en su propio decir no es puño porque sean muchos sino porque un puño enlaza siempre cinco dedos o... cinco relatos, descubrí universos contruidos sobre ideas complejas, universos que retratan una naturaleza humana profunda e irónica, llena de pasión y de soledad, de locura y de amor, pero sobre todo que se develan sobre la base del pensamiento. La concatenación de estas ideas complejas son la base de la narración y el relato se vuelve el pretexto para promulgarlas, de ahí que reflexiones profundas se monten sobre hechos más bien cotidianos. Tal es el caso de "La Propia Versión", en el que un suceso pueril como enviar un fax de relaciones comerciales permite que un ser humano, no dos ni tres, vaya construyendo mentalmente su perfil de vida, sus pasiones, sus bajezas, sus traumas y su soledad.

La magia de esa concatenación de ideas, hilvanadas con un profundo estilo reflexivo, va atrapando al lector como si también conversara consigo mismo, o meditara en lo simple o lo temerario o lo temible que puede ser la naturaleza humana cuando se piensa a fondo. Típico de una mente incisiva y complicada, no por gusto muchos de los más insignes pero también de los más desconocidos filósofos han echado mano de este recurso.

"La Gran Ofensiva" es otro ejemplo de ese estilo reflexivo, de construir el mundo con los ojos internos. Pensar sobre uno mismo se antepone a cualquier tentación de cantar la épica o la tragedia que fácilmente puede narrarse sobre un hecho histórico, esta vez no muy cotidiano, que tantas implicaciones tuvo sobre el futuro de nuestro país.

Podemos encontrar, eso sí, algunos temas reiterativos en los relatos de Ernesto Galdámez, que aparecen algunas veces con la complicidad del autor y en otras se escapan sin proponérselo. Dos de esos temas son la soledad y el amor. La soledad se muestra como una tendencia al aislamiento, a no querer relacionarse con los demás o a simplemente preferir estar solo: se está solo, luego, se piensa solo. Quizá por ello los propios recursos narrativos utilizados como el diálogo interno y el narrador omnipresente, si bien son una manera de tener espacio para profundizar en las ideas, también evidencian la opción por la soledad. El narrador cuenta, el personaje reflexiona consigo mismo, hurga dentro de sí y presenta perfiles psicológicos muchas veces repulsivos para las almas cándidas. Es la inmensa soledad del yo.

El amor no se presenta como algo sublime sino se manifiesta como un amor "humano", lleno de vicios y en medio de lo mundano; no es el amor del sacrificio sino el amor de la posesión, quizá mucho más cercano a la pasión, a la aventura que se cuele en los huesos más de lo deseado. Es un amor, eso sí, profundamente intenso, más intenso mientras más se lee su impacto dentro de uno mismo.

Lo anterior vuelve obvio el hecho de que este "Puño de Relatos" hay que leerlos más de una vez y, consecuente, el autor está obligado a escribirlos más de una vez, porque no se puede dejar de reflexionar sobre el peso y la levedad del ser humano y de cada ser humano, porque como dijera Nicolás Ventura, sin que ello refleje necesariamente signos autobiográficos del autor, *"como muy bien lo afirma la gente, soy uno de esos seres humanos, sin lugar a dudas, ubicado en esa coyuntura donde está enterrado el mojón mental que separa la media locura de la casi cordura..."*.

René Iván Morales

UNAS POCAS PALABRAS SOBRE "UN PUÑO DE RELATOS"

Hay en estos escritos de Ernesto Galdámez un verdadero regusto por el lenguaje; con propiedad y con bastante elegancia (a veces, hasta disonando con el personaje a quien se atribuye: un campesino iletrado, en "La Partida"), el autor se extiende largamente en describirnos tanto el paisaje exterior, como el paisaje interior donde se desarrollan las acciones. Porque Ernesto Galdámez sabe del poder evocador y del poder convocador de la palabra, dicha o escrita. Sabe que "un puño" de palabras bien puestas son capaces de transportarnos a mundos extraños; esos mundos que sabían y saben crear los verdaderos "cuenteros", los chamanes: los manipuladores del poder mágico de la palabra. Mundos que van creciendo y ensanchándose como si fueran las volutas de humo que expulsa el puro del brujo o curandero, a medida que este recita parsimoniosamente su conjuro.

Dentro de este espíritu hay que sumergirse para entender y percibir las características que presenta ese "Puño de Relatos". Estos dan cuenta de un "navegar" por emociones y sensaciones que pertenecen a personas a veces angustiadas, a veces atravesadas por un profundo vacío existencial, y a veces, sencillamente, viviendo la vida con una despreocupación y hasta con alegría ("La Partida").

Yo creo que los escritos de Ernesto Galdámez presentan varias características francamente encomiables. Se trata de las grandes virtudes y aciertos de ese "Puño de Relatos". El más notorio de esos aciertos es el humor: el humor blanco (porque el humor negro del final de "El Caso del Embarazo" no me parece tan acertado). "La Partida" nos muestra a un personaje que se ríe de sus múltiples fracasos en su intento de viajar "al norte"; y se rubrica esa irriación en el final del relato: el personaje se acomodó "alegremente" a los usos y costumbres de la tripulación del barco chipriota en que finalmente logró colarse como polizón. Un humor desparpajo que se asemeja tanto al "aquí todo es playa" que practican muchos salvadoreños de dentro y fuera del país.

Mezclado con ese humor blanco aparece otra cualidad: la delicadeza y ternura que se cuela en la problemática de algunos personajes. Así, "La Propia Versión" nos muestra esa dimensión tierna de quien trata por todos los medios de romper el cerco de su soledad. "Un Midas Digestivo" también presenta paradójicamente ternura en esa vida que se va carcomiendo y consumiendo tan dramáticamente. Esa faceta "humana" y trágicamente delicada que nos muestran casi todos los personajes de "Un Puño de Relatos" es, creo, el mayor acierto de Ernesto Galdámez. Auguro para el autor un futuro promisorio si sigue esforzándose e indagando en esos mundos a veces tan sórdidos, a veces tan hermosos de la experiencia humana individual y social.

Rafael Rodríguez Díaz
4 de mayo de 1999

LA PARTIDA

Bajo una Noche de Plenilunio

Era su séptima intentona de cruzar a pie la dorada frontera gringa. Para su despecho, ese lastre lo etiquetaba automáticamente como un "espaldas mojadas" en proyecto. No obstante, la buena suerte corrida por más de dos millones de compatriotas en similar empresa, lo impelía a seguir insistiendo sin claudicar, aunque fuese a costa de un tortuoso rosario de prueba y error, hasta alcanzar el preciado y envidiable estatus migratorio de "salvadoreño ilegal". Desde largos años atrás, Bernardo Matanzas había relamido en sus fantasías la culminación de tal proeza, mientras languidecían esas asfixiantes, aletargantes y embrutecedoras tardes del mes de abril, sentado en la banca desvencijada de aquel parque mondo y lirondo, marchito, localizado en las afueras de su recóndita y desolada comunidad. Hipnotizado por el gran sueño americano, nunca se le cruzó por la cabeza pensar que las realidades suelen ser, con mucha más frecuencia de lo sospechado, pigmeos de las tallas fantaseadas por las mismas ansias. Tampoco le importaba.

Pese a las incuestionables dotes de prestidigitación exhibidas religiosamente por la retahíla de candidatos de todas las banderas políticas en cada contienda electoral, pregonando siempre la misma cantinela de ofrecerle al pueblo la creación de oportunidades a fin de evitar "que el que nace pobre esté condenado a morir pobre", Bernardo estaba clarísimo en su fuero interno sobre no tener ningún chance real — en su desventajosa calidad de campesino iletrado —, para labrarse una vida mejor en su país de origen. Cifraba, en el viaje al norte, su escapatoria a tan lamentable sino, siguiendo la ruta emprendida por las caravanas de indocumentados hacia un porvenir más venturoso.

— Si me quedo, la cago de a galán —, con tono fatalista acostumbraba a comentar con su familia.

— Aquí, a lo sumo, podemos aspirar a medio irla pasando con sobresaltos, racionados por el mercado a comer tortilla y frijoles los tres tiempos —, farfullaba con estridencia.

— Dadas las circunstancias atravesadas, cuando alguien te saluda lanzando esa inofensiva frase de ¿cómo estás?, ni modo le toca a uno contestar, de modo indefectible, con la espantosa verdad: "...como de costumbre, aguantando los latigazos de la miseria y del aburrimiento." — murmuraba entre dientes, mostrando su desgano para ahondar en más explicaciones superfluas.

— En estos tiempos y rincones, quien afirma estar bien es porque o está mintiendo, o está robando; no hay posibilidades intermedias —, intercalaba tajantemente en su discurso

— Por analogía, si un doctor examinara los males y enfermedades que aquejan a la sociedad salvadoreña, seguramente la declararía médicamente muerta. Sin embargo, no importa cuán mierda, caro, degradado, intolerable, sucio, polarizado, triste, desordenado e injusto pueda ser y estar el país, todavía ni los viejitos quieren morirse todavía — concluía taxativamente.

Ahora, bajo una noche de plenilunio, parado ahí frente a la enorme cerca de hierro dulce, conocida como el “Muro de Tijuana” — levantada para disuadir el ingreso tumultuoso de viajeros sin nombre, tercermundistas, en busca de pobredólares —, Bernardo sudaba a gota gorda mientras agarraba aliento, respirando con gran pesadez, antes de lanzarse a correr entre los breñales para evadir la ronda de las patrullas de la policía fronteriza.

— ¡ Quién dijo miedo ¡ Lo único que debo hacer para salir airoso de esta encrucijada, es no dejarme arrastrar por la inercia de la vacilación —, pensaba obstinadamente para sus adentros, mientras parpadeaba examinando el sendero iluminado por los reflectores de las torres de vigilancia fronteriza.

— Cuando a uno lo empiezan a carcomer las dudas sobre sí podrá sobrellevar con éxito una situación extrema, es el momento donde todo se jode. Porque la parálisis provocada por el pánico a fallar termina arrastrándonos irremediamente hacia el hoyo del fracaso —, comentaba con prudencia en aras a prevenir un mal desenlace.

— Total, lo peor que pudiera ocurrirme en el escenario más pesimista sería una de dos: caer preso o morir por accidente en el intento —, se consolaba diciendo para contrarrestar el nerviosismo producto de la incertidumbre. Esta última alternativa no le arredraba en absoluto, pues estaba completamente seguro de que nadie se muere antes de tiempo.

— ¡Cuando a alguien no le toca, no le toca¡ —, se repetía resignadamente en esos instantes.

El Profesional del Cambio

Más de tres meses habían transcurrido desde cuando Bernardo Matanzas, escudriñando por la

ventana trasera del bus, viera como era engullido el resplandor del techo de lámina de su choza por la línea del horizonte, bajo ese sol agobiante del medio día en punto. En apariencia, absorbido por todas las peripecias del camino, no había reparado en cuán rápido se había deshojado últimamente el calendario. No obstante, en el fondo, era signo inequívoco de estar viendo las cosas de diferente manera a la acostumbrada. Aunque fuese simplemente una victoria pírrica, pero ahora atestiguaba inmutable el irreparable paso del tiempo, sin añorar lo ido con él. Se sentía preparado psicológicamente para reaccionar, casi-casi como todo un profesional especializado en materia de cambios, al reto impuesto por las nacientes circunstancias. Sin abrigar temor a lo desconocido y sin sentir tampoco ninguna aprensión por lo dejado atrás, Bernardo repasaba cauteloso esta actitud tan inusual en su forma habitual de ser.

— En principio, semejante transformación no debería causarme asombro alguno. Es lo más normal de esperar en una persona cuyo espíritu se ha curtido contra el efecto corrosivo de la nostalgia, en su sarta de idas y venidas —, pensaba.

— ¡Ojala pudiera haberla tenido en mente antes de partir en este último viaje ¡ —, masculló.

Para su desgracia, hasta hoy se percataba de los beneficios tangibles arrojados por el entrenamiento intensivo recibido en el manejo de nuevas situaciones, en el cual se hallaba inscrito desde hacía ya más de una década. Se lamentó de no descubrir con anterioridad tan importante alteración en su interior; muchas amarguras se habría ahorrado. Lo ordinario para Bernardo era ser víctima de ataques súbitos de nostalgia ambivalente, apenas cumplida una rala semana de haberse ausentado de su hogar. Tratando de describir con exactitud su afección, solía contar:

— A veces, me embargaba la vívida sensación de que el pasado se mantenía vigoroso en mis recuerdos, palpitando de lozanía, oliendo todavía como a pintura fresca, que hasta lanzaba mis brazos hacia delante, en un esquizofrénico movimiento por abrazar las imágenes. En otras oportunidades, por el contrario, al evocarlo me posesionaba una impresión de pesada lejanía, apareciéndome tan distante, tan cargado de bruma y neblina, localizado a la vera del sendero que separa las experiencias realmente vividas de las puramente imaginadas. Ello me angustiaba de sobremanera porque no podía distinguir, a cabalidad, si todo alguna vez verdaderamente sucedió, o, sencillamente era la jugarreta ilusionista de mi mente trastornada por el grave influjo de la melancolía —, dejaba entrever cuando alguien le preguntaba sobre el asunto.

Tal como lo presenciaron sus más allegados, Bernardo fue presa inmisericorde de sus ansiosas preocupaciones en las vísperas de su séptima partida. El, en su cabeza, sufrió con dramatismo y anticipación la tristeza por venir, envuelta en el adiós de la despedida. Todavía no llegaba la fecha de su marcha, y ya había imaginado en detalle cómo serían la gente y el paisaje adonde llegaría, adivinando febrilmente cuáles serían las sorpresas y desencantos deparados por el insondable destino. Con frecuencia, durante esas noches de ansiedad, lo visitaba la comparsa de aquellos temores engendrados en su niñez respecto a la inseguridad del futuro. Por algunos segundos los susurros de la consciencia se convertían en gritos de protesta, renegando por verse nuevamente obligado a separarse de la tierra que le inyectaba sentido a su existencia.

Bernardo no desconocía cuál era el trasfondo de esa actitud. Sabía con exactitud que la raíz de su problema consistía en esa característica costumbre suya de atalayar el mañana encaramado sobre los zancos de un fatalismo malsano, rasgo tan predominante en su ascendencia familiar. Reconocía, asimismo, que acompañando a este lastre atávico, a modo de compensación, también había heredado la virtud de actuar intuitivamente, con eficacia, para hacerse el amo del momento cuando le tocaba encarar la realidad de los hechos concretos. Esta confusa mezcla de elementos integrados en su personalidad, le daban un adecuado perfil de quién era en verdad. Figurativamente él se visualizaba poseyendo las reacciones viscerales de un hombre con corazón de lechuga, un nivel de angustia similar al estómago revuelto de una vieja preñada y el olfato manipulador de un titiritero en plena plaza pública.

Nunca Jamás

Imperturbable en su designio de labrarse un menos sufrido porvenir, Bernardo saltó ágilmente la valla y atravesó a la carrera aquel descampado, hasta llegar a la quebrada donde se reuniría con el "coyote" que lo llevaría a la ciudad de Los Ángeles.

A los nueve meses de estar trabajando a medio tiempo como limpia baños en una gasolinera, quiso su mala fortuna fuera sorprendido por una redada llevada a cabo en una pupusería esquinera del downtown. Como muy bien lo saben los oficiales de Inmigración, los salvatruchas ilegales son dados a hacer de estos negocios clubes exclusivos de barrio pobre, donde suelen congregarse a consumir industrialmente cervezas "pilsener", con boca de mango curtido, para el sofocamiento etílico de la nostalgia y para alardear sobre un inventado pasado honorable de bienestar familiar.

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

